

EL TEATRO EN LA IGLESUELA DEL CID

El teatro siempre ha sido un signo de cultura. Esto ha sido así hasta que le apareció un poderosísimo competidor, la televisión.

Si hoy fuéramos a medir la cultura por la presencia del teatro en nuestros pueblos, tendríamos que pensar que era de cero o bajo cero, con encomiables excepciones como la del pueblo de Mirambel donde con participación popular representan año tras año la obra “El cura endemoniado” basada en la novela de Pío Baroja “La venta de Mirambel”.

En la Iglesiasuela no siempre fue así. Existió una antiquísima afición al teatro, y cuando modernamente se ha representado alguna obra, la asistencia de público ha estado asegurada.

Mis primeros recuerdos de representaciones teatrales los situo en un pequeño y oscuro teatro que había en la Plaza del Estudio entre el horno y las escuelas viejas y que la moderna arquitectura ha derribado como también el horno de pan cocer del s. XIV.

Se accedía por unas pendientes escaleras a cuyos lados unos bancos en forma de escalera donde los últimos espectadores tocaban el techo servían de gallinero. A continuación de las escaleras de entrada bancos y sillas particulares simulaban el patio de butacas que llegaban hasta el escenario. Unas cortinas viejas rodeaban el escenario que se comunicaba por la derecha con el horno que servía de vestidor y por la izquierda con otro cuarto con la misma función. En las escaleras de entrada se apiñaban los espectadores rezagados que venían de la taberna de tomar el último vaso de vino con cacahuètes.. El humo de los cigarrillos y una tenue bombilla daban un aire berlanguiano al salón.

En el entreacto se realizaba la subasta que representaba el ingreso principal de la función porque la entrada solía ser la voluntad y la voluntad suele ser escasa.

Allí recuerdo haber presenciado la representación de “La mualla” de Calvo Sotelo, todo un éxito teatral por aquellos años de posguerra, y yo mismo participé como actor en “La torre sobre el gallinero” de éxito rotundo porque uno de los actores no se sabía el papel, improvisaba continuamente, confundía a los otros actores y provocaba la risa de todos.

Pero la obra estrella fue en muchas representaciones “El ánima del tío Lechuza” cuyo argumento era de un actor que representando el Tenorio se escapa del teatro, aparece en un pueblo en el que lo confunden con el ánima del tío Lechuza y se van creando nuevas situaciones cómicas. Cuando un personaje decía: “Yo, gracias a Dios, soy ateo”, nos desternillábamos de risa.

A pesar de haber intentado con ahínco encontrar este sainete no lo he conseguido. Sólo sé que estaba publicado por Galerías Salesianas, una editorial que se dedicaba a adaptar obras para grupos teatrales católicos.

Pero anterior a mis recuerdos se representó una obra que aún perdura en la memoria colectiva del pueblo, “La maestra de Portell”. El argumento lo desarrollo en el siguiente artículo. Un elenco de actores bordaban la obra. Se habla con reverencia de Juan Gabriel Cruz, Pepe Más, Emidio el Sordo, el tío Esteban de Zapatero, manuel Más

Sobre el argumento predeterminado que cuento de la obra los actores debían ir improvisando los diálogos, y por lo que se cuenta deberían ser verdaderas joyas cuando intercalaban las habladurías de las mujeres en el lavadero. Todos los actores eran masculinos y ya se sabe la gracia añadida que representa este hecho a una obra de teatro.

Obra al más puro estilo de la Comedia de l’arte italiana en la que Arlequín, Polichinela..., improvisaban el diálogo sin salirse del argumento.

Aún después se representaron algunas obras en el teatro del Convento, reciclado posteriormente en cine. Hace unos años se ha representado la vida de San Antonio para su fiesta.

Carlos Julián- 2005